
LIBRO

Bernardo Subercaseaux: *Chile o una Loca Historia*
(Santiago: LOM Ediciones, Libros del Ciudadano, 1999).

LAS RAZONES DE LA LOCURA

Manuel Vicuña

No debe ser mera casualidad que *Chile o una Loca Historia*, de Bernardo Subercaseaux, haya sido publicado en la muy accesible colección de LOM, “Libros del Ciudadano”. Pues en este texto el autor se refiere a temas que a todos nos incumben. Trata de variaciones de la cosa pública, desde una perspectiva histórica que aquilata el pasado, con el objeto de saber a qué atenerse en el presente. Indagación histórica que faculta para hablar con autoridad de lo contemporáneo más que de lo actual, y vislumbrar el futuro desde una posición ventajosa. Imaginar otro Chile, como se lo propone el autor, no supone un acto de amnesia colectiva con miras a la refundación de la nación, sino antes bien un esfuerzo por cobrar plena conciencia del substrato valórico de su sociedad. El impulso que da vida a la reflexión y a la acción reside en el examen crítico de la propia historia, debidamente expurgada de sonos marciales y versiones triunfalistas o auto-complacientes. La revalorización de la dimensión ética de la política como respuesta a los trastornos derivados del divorcio entre fines y medios, se inscribe en el umbral de los ensayos reunidos en este libro de temple huma-

MANUEL VICUÑA. Doctor en historia, Universidad de Cambridge. Investigador del Centro de Investigaciones Barros Arana. Autor de dos ensayos historiográficos: *La Imagen del Desierto de Atacama (XVI-XIX): Del Espacio de la Disuasión al Territorio de los Desafíos* (1995), y *El París Americano: La Oligarquía Chilena como Actor Urbano en el Siglo XIX* (1996).

Estudios Públicos, 80 (primavera 2000).

nista. La opción por la diversidad adoptada por el autor, sirve de tributo y reivindica a Benjamín Subercaseaux, quien padeció la intolerancia congénita del medio local, así como el título del libro aquí reseñado parafrasea el de su obra más célebre, *Chile o una Loca Geografía*. No son estos ensayos otros tantos ejemplos del hoy clásico “malestar de los intelectuales”, ya que el examen crítico sólo abona el terreno para la fase propositiva que cierra cada reflexión. Al estilo de la Escuela de Frankfurt, éstas ofrecen condenas a la razón instrumental y, a un tiempo, argumentos que favorecen la comprensión del legado de la Ilustración como un proyecto inconcluso, aún vigente porque, como Jürgen Habermas insiste en señalar, parte de su potencial igualitario permanece inexplorado.

Chile forma parte del reparto de esta obra, pero no siempre ocupa el centro del escenario. La atención prestada al panorama internacional y el correspondiente énfasis en la universalidad de fenómenos de variada índole, no ofrece tanto un contexto como un contrapunto que permite apreciar mejor la singularidad del caso chileno, sin perder de vista cuánto lo hace parte de un mundo más vasto y heterogéneo. Destacan las proposiciones a favor de una nueva “macromoral” que encauce las actuaciones del poder, atendiendo a la necesidad de promover el desarrollo de una sociedad más plural, en la cual los fines loables no sucumban ya bajo el peso de medios aberrantes. Cosas tales como implantar una dictadura en defensa de la libertad o librar guerras arbitrarias para preservar la paz. Refiriéndose a la justicia, en *Los Sueños* Quevedo escribió que le “usurpaban su nombre para honrar tiranías”, ejemplo temprano de la “macromoral” tradicional que durante el siglo XX, como señala Subercaseaux, ha prevalecido en todos los continentes, imponiendo sus criterios proclives a la efectividad sin reservas morales, en las sociedades capitalistas lo mismo que en las socialistas, en Oriente no menos que en Occidente. La brecha entre discurso y realidad, con todo, ya nos ha acostumbrado a mirar con cierto recelo, cuando no con franca desconfianza, las causas en apariencia altruistas o progresistas, pese a compartir sus buenas intenciones y desearles la mejor suerte posible. Lo que más temprano que tarde puede convertirnos, por efecto del escepticismo adquirido a base de desilusiones o desencantos, en una especie crepuscular de conservadores anómalos, descontentos con el estado actual de las cosas y, sin embargo, incapaces de asumir genuinos compromisos con propuestas de cambio significativas. Cabe preguntarse entonces si Subercaseaux, quien por cierto reconoce el carácter utópico de su empresa, no escribe acaso para un lector en peligro de extinción o bien en estado de hibernación o, sencillamente, sumido en un inquietante compás de espera. Tampoco se evidencia cómo es que su propuesta, en rigor otro ejemplo de

las causas nobles hasta ahora tantas veces traicionadas por sus presuntos defensores, escapará al destino fatal de sus antecesoras. ¿Por qué creer que la propuesta de Subercaseaux no será también desnaturalizada mediante el recurso —en aras a su consumación— de métodos espurios que perpetúen, contraviniendo su razón de ser e intención original, el *modus operandi* de la vieja “macromoral” que pretende reemplazar? El concepto de “macromoral”, es igualmente necesario consignar, refleja una voluntad de instaurar criterios éticos de aplicación universal, lo que resulta en extremo problemático, si se tiene presente que nuestra época —gústenos o no— se caracteriza, en palabras de Gianni Vattimo, por la “disolución de la universalidad”¹, tanto en lo concerniente a un orden moral global como respecto a la posibilidad de concebir la historia como un proceso mundial unitario regido por una lógica soberana, como lo fuera en su momento la idea del progreso.

Sin duda *Chile o una Loca Historia*, amparándose en el flexible formato del ensayo, no resuelve todas las interrogantes suscitadas por su lectura, e incluso evade de vez en cuando los escollos que le salen al paso, aunque lo haga con el propósito de continuar sondeando zonas aún, en cierto grado, incógnitas. Pero no es menos cierto que en estos ensayos se advierte, a pesar de los reparos anteriores, un esfuerzo por superar la sensación de agonía cívica derivada de la crisis de los metarrelatos emancipadores de la Modernidad y la consecuente tendencia a la fragmentación de las perspectivas históricas antaño abiertas a horizontes colectivos. Por de pronto, subyace a la empresa intelectual de Subercaseaux el intento de pensar —o por lo menos vislumbrar— nuevas formas de ciudadanía, no sólo tributarias del derecho a la igualdad sino también favorables al derecho a la diferencia. A su modo, me atrevo a sugerir, este libro cumple funciones terapéuticas. Si es verdad que la identidad colectiva, a semejanza de la individual, depende de la memoria, de la relación inestable entre recuerdo y olvido, estos ensayos nos confrontan con otra imagen de nosotros en tanto sociedad e individuos, producto de un deliberado desvelamiento de lo oculto, análogo al efectuado por el psicoanálisis.

En efecto, al considerar la historia de ideas-fuerza como los conceptos de raza y clase, en el pasado capaces de condicionar diversos campos del saber, al igual que costumbres y valores, el autor propone y lleva a cabo un ejercicio intelectual que contrarresta la fijación dogmática del neoliberalismo, ideología hoy en día hegemónica: poniendo al descubierto su inevitable historicidad, esboza la crónica anunciada de su caducidad como sistema. Subercaseaux también se ocupa de escrutar fenómenos que han

¹ Citado en Teresa Oñate, “Introducción” a Gianni Vattimo, *La Sociedad Transparente* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1994), p. 35.

dificultado el desarrollo de una cultura tolerante en Chile, como la construcción de una forma de identidad nacional basada en la idea de homogeneidad racial, refractaria en la práctica al nutritivo intercambio entre “huincas” y mapuches, entre chilenos e inmigrantes avecindados en el país, y, consecuentemente, extraña al reconocimiento de la diversidad étnica (o de cualquier tipo) como principio constitutivo de la idea de nación forjada originalmente en el siglo XIX, al amparo del Estado y con el concurso de la elite ilustrada. La discusión teórica y empírica sobre las identidades culturales, en boga a raíz del debilitamiento del Estado-nación en tanto matriz de formas de pertenencia e integración social, sirve a su vez para desarrollar la noción según la cual Chile experimenta, al menos en términos comparativos, un “déficit de espesor cultural”. El autor sostiene que las formas de identidad nacional tradicionales, al negarles cauces de participación y formas de representación significativas a las etnias y a los grupos de inmigrantes, le habrían restado substancia a la cultura nacional en cuanto expresión polifónica de una entidad colectiva. En Chile la diversidad cultural subsiste en condiciones adversas, muy desfavorables; sobrevive al margen de lo nacional como concepto y vivencia. En tiempos de globalización, cuando proliferan formas identitarias desterritorializadas, sin la proyección social y temporal de las homogeneizantes pero también masivamente aglutinadoras identidades nacionales del pasado, los factores de cohesión social a nivel macro, advierte Subercaseaux, acaso corran mayor riesgo de debilitarse donde no se ha dado una mentalidad habituada de antemano a la conjugación de diferentes vertientes culturales. En síntesis, una nación extraña — por no decir hostil, como Chile lo es— a la propia diversidad cultural, no estaría facultada, concluye el autor, para encarar adecuadamente el “nuevo escenario de la globalización”.

Hay que esperar hasta el final del libro para que la historia de Chile comience a dar señales flagrantes de locura. Gracias al esfuerzo clarificador de Subercaseaux, ésta hace sentido. Resulta de tal suerte razonable, inteligible, no obstante sus excentricidades. Sólo en el último capítulo se hace evidente la falta de cordura, cuando el autor imagina las repercusiones de una cabal escenificación de la memoria a través de la televisión por cable. Los testimonios y las imágenes almacenadas bajo llave o antes exhibidas sólo clandestinamente, ahora se agolpan en el cuello de botella de la pantalla, ante la notoria ansiedad de los televidentes, atónitos frente a los televisores. Adultos en trance de revivir sus biografías a la vez íntimas y públicas, jóvenes decididos a ponderar por sí mismos el valor relativo de las diferentes versiones. La detención de Pinochet en Londres detona este proceso. Existe tal avidez por conocer testimonios referentes a la Unidad

Popular y a la dictadura, sin importar cuán desgarradores sean, que incluso los *malls* y las grandes multitiendas se ven en la necesidad de atraer clientes mediante el emplazamiento estratégico de televisores que transmiten programas sobre la materia. La voz de víctimas y victimarios alcanza a audiencias masivas. Más que de una supuesta vuelta al pasado, se trata de una rectificación del curso extraviado de nuestra historia obrado por un golpe de timón de la memoria, simultáneamente lejana e inmediata, a semejanza de la realidad virtual de los medios de comunicación masiva. El cambio lo desencadena la televisión, en armonía con estos tiempos *mass-mediatizados*, aunque sólo sea gracias a los subterfugios de la palabra impresa. El pasado toma a chilenos y chilenas por sorpresa, como si se tratara de una realidad ajena, insólita, que los pilló del todo desprevenidos, al punto de desbaratar rutinas personales y colectivas. Se consume así el inapelable “desprestigio simbólico de la dictadura”. El reinado de la memoria cobra las proporciones de una utopía librada de excesos por la acción vigilante de la ironía. ¿Cómo desacreditar este relato por no ajustarse a la trama de los hechos, siendo éste un país donde la realidad resulta, con inusitada frecuencia, más inverosímil que la fantasía? Este ejercicio de ficcionalización de nuestro pasado reciente y del Chile actual, a despecho aun de su carácter a ratos delirante, arroja sobre nuestro mundo cotidiano una luz que, transformándolo en un paisaje moral enrarecido, nos interpela intelectual y emocionalmente, dando curso de este modo a una saludable sensación de *extrañamiento* ante la realidad que a diario nos circunda, que por momentos nos acecha y, a la postre, nos constituye como sujetos, ineludiblemente. El sueño de la razón, según el Goya más sombrío, produce monstruos, al igual que su vigilia, agrega Subercaseaux, quien, a sabiendas de que su libro tal vez concluya con nada menos que un “delirio”, corrobora las palabras pronunciadas por Polonio en presencia de Hamlet: “Es una suerte que la locura a menudo acierta, y que la razón y la cordura no podrían dar a luz con tal prosperidad”. □